

La política y el lenguaje inglés

George Orwell

Publicado en 1946, este ensayo de Orwell es un clásico del pensamiento político y la literatura del siglo XX. Poco traducido por sus dificultades intrínsecas, lo presentamos a los lectores en una nueva y luminosa versión de Alberto Supelano (con revisiones y resumido por Joe Miró).

La mayoría de las personas que de algún modo se preocupan por el tema admitiría que el lenguaje va por mal camino, pero por lo general suponen que mediante la acción consciente no podemos hacer nada para remediarlo. Nuestra civilización está en decadencia y nuestro lenguaje —así se argumenta— debe compartir inevitablemente el derrumbe general. De aquí se deriva que toda lucha contra el abuso del lenguaje es un arcaísmo sentimental, como cuando se prefieren las velas a la luz eléctrica o los cabriolés a los aeroplanos. Bajo todo esto yace la creencia semiconsciente de que el lenguaje es un desarrollo natural y no un instrumento al que damos forma para nuestros propios propósitos.

Ahora bien, es claro que la decadencia de un lenguaje debe tener finalmente causas políticas y económicas: no se debe simplemente a la mala influencia de este o aquel escritor. Pero un efecto se puede convertir en causa, reforzar la causa original y producir el mismo efecto de manera más intensa y así sucesivamente. Un hombre puede beber porque piensa que es un fracasado y luego fracasar por completo debido a que bebe. Algo semejante está sucediendo con el lenguaje inglés. Se ha vuelto feo e impreciso porque nuestros pensamientos son necios, pero la dejadez de nuestro lenguaje hace más fácil que pensemos necedades. Lo importante es que el proceso es reversible. El inglés moderno, en especial el inglés escrito, está plagado de malos hábitos que se difunden por imitación y que podemos evitar si estamos dispuestos a tomarnos la molestia. Si nos liberamos de estos hábitos podemos pensar con más claridad y pensar con claridad es un primer paso hacia la regeneración política: de modo que la lucha contra el

mal inglés no es una preocupación frívola y exclusiva de los escritores profesionales.

El inglés escrito hoy en día tienen dos cualidades comunes. La primera, las imágenes trilladas; la segunda, la falta de precisión. O el escritor tiene un significado y no puede expresarlo o dice inadvertidamente otra cosa o le es casi indiferente que sus palabras tengan o no significado. Esta mezcla de vaguedad y pura incompetencia es la característica más notoria de la prosa inglesa moderna y en particular de toda clase de escritos políticos. Tan pronto se tocan ciertos asuntos, lo concreto se disuelve en lo abstracto y nadie parece capaz de emplear giros del lenguaje que no sean trillados: la prosa emplea menos y menos palabras elegidas a causa de su significado y más y más expresiones unidas como las secciones de un gallinero prefabricado. A continuación enumero algunos de los trucos mediante los que se acostumbra evadir la tarea de componer la prosa:

Metáforas moribundas. Una metáfora que se acaba de inventar ayuda al pensamiento evocando una imagen visual, mientras que una metáfora técnicamente «muerta» (por ejemplo, *una férrea determinación*) se ha convertido en un giro ordinario y por lo general se puede usar sin pérdida de vivacidad. Pero entre estas dos clases hay un enorme vertedero de metáforas gastadas que han perdido todo poder evocador y que se usan tan sólo porque evitan a las personas el problema de inventar sus propias frases.

Operadores o extensiones verbales falsas.

Éstas evitan el problema de elegir los verbos y sustantivos apropiados, y al mismo tiempo atiborran cada oración con sílabas adicionales que le dan una apariencia de simetría. Algunas expresiones características son *volver no operativo, militar contra, hacer contacto con, estar sujeto a, dar lugar a, dar pie a, tener el efecto de, cumplir un papel (rol) principal en, hacerse sentir, surtir efecto, exhibir la*

tendencia a, servir el propósito de, etc. El principio básico es eliminar los verbos simples. En vez de una sola palabra, como *romper, detener, deteriorar, remendar, matar*, un verbo se convierte en una frase, formada por un sustantivo o un adjetivo pegado a un verbo de propósito general, como *resultar, servir, formar, desempeñar, volver*.

Dicción pretenciosa. Palabras como *fenómeno, elemento, individual* (como sustantivo), *objetivo, categórico, efectivo, virtual, básico, primario, promover, constituir, exhibir, explotar, utilizar, eliminar, liquidar*, se usan para adornar una afirmación simple y dar un tono de imparcialidad científica a juicios sesgados. El resultado es, en general, un aumento de la dejadez y la vaguedad.

Palabras sin sentido. En ciertos escritos, en particular los de crítica de arte y de crítica literaria, es normal encontrar largos pasajes que carecen casi totalmente de significado. Palabras como *romántico, plástico, valores, humano, muerto, sentimental, natural, vitalidad*, tal como se usan en crítica de arte, son estrictamente un sinsentido, por cuanto no sólo no señalan un objeto que se pueda descubrir, sino que ni siquiera se espera que el lector lo descubra. Otras palabras que se emplean con significados variables, en la mayoría de los casos con mayor o menor deshonestidad son: *clase, totalitario, ciencia, progresista, reaccionario, burgués, igualdad*.

Después de haber expuesto este catálogo de estafas y perversiones, permítanme dar otro ejemplo del tipo de escritura a las que llevan. Esta vez, por su naturaleza, debe ser un ejemplo imaginario. Voy a traducir un pasaje de buen inglés en inglés moderno de la peor especie. He aquí un verso muy conocido del *Eclesiastés*:

Retorné; y observé que bajo el sol ni la ventaja en la carrera es de los ligeros, ni de los valientes la victoria en la guerra, ni el pan para los sabios, ni para los doctos las riquezas, ni de los peritos en las artes es el crédito; sino que todo se hace como por azar y a la ventura.

Helo aquí en inglés moderno:

Las consideraciones objetivas de los fenómenos contemporáneos compelen a la conclusión de que el éxito o el fracaso en las actividades competitivas no exhibe ninguna tendencia conmensurable con la capacidad innata, sino que un notable elemento de lo imprevisible debe tenerse invariablemente en cuenta.

Ésta es una parodia, pero no muy tosca. La tendencia general de la prosa moderna es alejarse de la concreción. Analicemos estas dos oraciones un poco más de cerca. La primera consta de 60 palabras y sólo 93 sílabas, y todas sus palabras se usan en la vida cotidiana. La segunda consta de 44 palabras y 108 sílabas: muchas de ellas tienen raíz latina y algunas griega. La primera frase contiene seis imágenes vívidas, y sólo una expresión («azar y a la ventura») que se puede llamar vaga. La segunda no contiene ni una sola expresión fresca, llamativa y a pesar de sus más de 100 sílabas sólo da una versión recortada del significado de la primera. Pero es sin una duda el segundo tipo de expresiones el que está ganando terreno en el inglés moderno. No quiero exagerar. Este tipo de escritura no es aún universal y brotes de simplicidad aparecen aquí y allá en la página peor escrita. Sin embargo, si a usted o a mí nos pidieran que escribiéramos unas líneas sobre la incertidumbre del destino humano es probable que estuviéramos más cerca de mi frase imaginaria que del *Eclesiastés*.

Como he intentado mostrar, lo peor de la escritura moderna no consiste en elegir las palabras a causa de su significado e inventar imágenes para hacer más claro el significado. Consiste en pegar largas tiras de palabras cuyo orden ya fijó algún otro y hacer presentables los resultados mediante trucos. El atractivo de esta forma de escritura es que es fácil. Es más fácil —y más rápido, una vez se tiene el hábito— decir «En mi opinión no es un supuesto injustificable» que decir «Pienso». La gente que escribe de esta manera manifiesta un significado emocional general —detesta una cosa y quiere expresar solidaridad con otra— pero no está interesada en los detalles de lo que está diciendo. Un escritor cuidadoso, en cada oración que escribe, se hace al menos cuatro preguntas, a saber:

1) ¿Qué intento decir?

- 2) ¿Qué palabras lo expresan?
- 3) ¿Qué imagen o modismo lo hace más claro?
- 4) ¿Es esta imagen lo suficientemente fresca para producir efecto?

Y probablemente se haga dos más:

- 1) ¿Puedo ser más breve?
- 2) ¿Dije algo evitablemente feo?

Pero usted no está obligado a encarar todo este problema. Puede evadirlo dejando la mente abierta y permitiendo que las frases hechas lleguen y se agolpen. Ellas construirán las oraciones por usted —y, hasta cierto punto, incluso pensarán sus pensamientos por usted— y si es necesario le prestarán el importante servicio de ocultar parcialmente su significado, incluso a usted mismo. A estas alturas, la conexión especial entre política y degradación del lenguaje se torna clara.

En nuestra época, el lenguaje y los escritos políticos son ante todo una defensa de lo indefendible. Cosas como la continuación del dominio británico en la India, las purgas y deportaciones rusas, el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón, se pueden efectivamente defender, pero sólo con argumentos que son demasiado brutales para que la mayoría de las personas puedan enfrentarse a ellas y que son incompatibles con los fines que profesan los partidos políticos. Por tanto, el lenguaje político debe consistir principalmente de eufemismos, peticiones de principio y vaguedades oscuras. Veamos, por ejemplo, a un cómodo profesor inglés que defiende el totalitarismo ruso. No puede decir francamente: «Creo en el asesinato de los opositores cuando se pueden obtener así buenos resultados». Por consiguiente, quizá diga algo como esto:

«Aunque aceptamos que el régimen soviético exhibe ciertos rasgos que un humanista se inclinaría a deplorar, creo que debemos acordar que cierto recorte de los derechos de la oposición política es una consecuencia inevitable de los períodos de transición y que los rigores que el pueblo ruso ha tenido que soportar han sido ampliamente justificados en el ámbito de los resultados concretos conseguidos.»

El estilo inflado es en sí mismo un tipo de eufemismo. Una masa de palabras latinas cae sobre los hechos como nieve blanda, difumina los contornos y sepulta todos los detalles. El gran enemigo del lenguaje claro es la falta de

sinceridad. Cuando hay una brecha entre los objetivos reales y los declarados, se emplean casi instintivamente palabras largas y modismos desgastados, como un pulpo que expulsa tinta para ocultarse.

Pero si el pensamiento corrompe el lenguaje, el lenguaje también puede corromper el pensamiento. Un mal uso se puede difundir por tradición e imitación incluso entre personas que deberían saber y obrar mejor. El lenguaje degradado que he examinado es, en cierta forma, muy conveniente. Expresiones como *un supuesto no injustificable, una consideración que siempre debemos tener en mente, dejan mucho que desear, no cumplen un buen propósito*, son una tentación continua, una caja de aspirinas siempre al alcance de la mano. Esta invasión de la mente por frases hechas sólo se puede evitar si se está continuamente en guardia contra ellas, y cada una de esas frases anestesia una parte del cerebro.

Dije antes que la decadencia de nuestro lenguaje es remediable. Quienes lo niegan argumentarían, en caso de que argumentasen algo, que el lenguaje simplemente refleja las condiciones sociales existentes y que no podemos influir en su desarrollo directamente, retocando palabras y construcciones. Así puede suceder con el tono o espíritu general de un lenguaje, pero no es verdad para sus detalles. Las palabras y las expresiones necias suelen desaparecer, no mediante un proceso evolutivo sino a causa de la acción consciente de una minoría. La defensa del lenguaje inglés implica más que esto, y quizás es mejor empezar diciendo lo que no implica.

Para empezar, nada tiene que ver con el arcaísmo, con la preservación de palabras y giros obsoletos del lenguaje, ni con la creación de un «inglés estándar» del que nunca deberíamos apartarnos. Por el contrario, tiene mucho que ver con desechar toda palabra o modismo que se ha desgastado y perdido su utilidad. Nada tiene que ver con la gramática ni con la sintaxis correctas, que carecen de importancia cuando se expresa claramente el significado, ni con la eliminación de los americanismos, ni con tener lo que se denomina una «buena prosa». Por otra parte, no se trata de fingir una falsa simplicidad ni de escribir en inglés coloquial. Ni siquiera implica preferir en todos los casos la palabra sajona a la latina, aunque sí implica usar el menor número y las más breves palabras que cubran el significado. Lo que

se necesita, por encima de todo, es dejar que el significado elija la palabra y no al revés. En prosa, lo peor que se puede hacer con las palabras es rendirse a ellas. Cuando usted piensa en un objeto concreto, piensa sin palabras, y luego, si quiere describir lo que ha visualizado, quizá busque hasta encontrar las palabras exactas que concuerdan con ese objeto. Cuando piensa en algo abstracto se inclina más a usar palabras desde el comienzo y salvo que haga un esfuerzo consciente para evitarlo, el dialecto existente vendrá de golpe y hará la tarea por usted, a expensas de difuminar e incluso alterar su significado. Quizá sea mejor que evite usar palabras en la medida de lo posible y logre un significado tan claro como pueda mediante imágenes y sensaciones. Después puede elegir —no simplemente aceptar— las expresiones que cubran mejor el significado, y luego ponerse en el lugar del lector y decidir qué impresiones producen en él las palabras que ha elegido. Este último esfuerzo de la mente suprime todas las imágenes desgastadas o confusas, todas las frases prefabricadas, las repeticiones innecesarias y los trucos y vaguedades. Pero a menudo uno puede dudar sobre el efecto de una palabra o una expresión y necesita reglas en las que pueda confiar cuando falla el instinto. Pienso que las reglas siguientes cubren la mayoría de los casos:

- 1) Nunca use una metáfora, un símil u otra figura gramatical que suela ver impresa.
- 2) Nunca use una palabra larga donde pueda usar una corta.
- 3) Si es posible suprimir una palabra, suprimala siempre.
- 4) Nunca use la voz pasiva cuando pueda usar la voz activa.
- 5) Nunca use una locución extranjera, una palabra científica o un término de jerga si puede encontrar un equivalente del inglés cotidiano.
- 6) Rompa cualquiera de estas reglas antes de decir una barbaridad.

Estas reglas parecen elementales, y lo son, pero exigen un profundo cambio de actitud en todos aquellos que se han acostumbrado a escribir en el estilo que hoy está de moda. Uno puede cumplir todas ellas y aun así escribir un mal inglés, pero no podría escribir el tipo de cosas que cité en esos cinco especímenes al comienzo de este artículo.

No he considerado el uso literario del lenguaje, tan sólo el lenguaje como instrumento para

expresar y no ocultar o evitar el pensamiento. Stuart Chase y otros han llegado a afirmar que todas las palabras abstractas carecen de sentido y han usado esto como pretexto para defender una especie de quietismo político. Si no sabe qué es el fascismo, ¿cómo puede luchar contra el fascismo? Uno no tiene que tragarse absurdos como éste, pero ha de reconocer que el actual caos político está ligado a la decadencia del lenguaje y que quizá puede aportar alguna mejora empezando por el aspecto verbal. Si simplifica su inglés, se libera de las peores tonterías de la ortodoxia. No puede hablar ninguno de los dialectos necesarios y cuando haga un comentario estúpido su estupidez se tornará obvia, incluso para usted mismo. El lenguaje político —y, con variaciones, esto es verdad para todos los partidos políticos, desde los conservadores hasta los anarquistas— está diseñado para lograr que las mentiras parezcan verdades y el asesinato respetable, y para dar una apariencia de solidez al mero viento. Uno no puede cambiar esto en un instante, pero puede cambiar los hábitos personales y de vez en cuando puede incluso, si se burla en voz bastante alta, lanzar alguna frase trillada e inútil —alguna *bota militar*, *talón de Aquiles*, *crisol*, *prueba ácida*, *verdadero infierno*, o algún otro desecho o residuo verbal— a la basura, que es donde pertenece.